



ALEJANDRÍA



UN HERMOSO DESTELLO

TEXTO Y FOTOS: RAFAEL CHIRBES

Del viejo Eunostos de la literatura homérica queda el olor a brea y madera recién aserrada del barrio del Bahariya y el rumor de los martillos de los calafates en lo que ahora se llama el Puerto Occidental.



El Islam permanece. Envuelve la ciudad de comerciantes griegos, de cónsules británicos e italianos con la red invisible de los almudanos pinchando el aire con su lamento sagrado.



Al viajero le dió por preguntarse acerca de lo que, pasados los años, acabaría recordando de Alejandría. Fue así. Se metió en el hotel situado junto a la Corniche, miró el mar desde la ventana de la habitación, e intentó repasar cuanto había visto de la ciudad. ¿Qué acabaría recordando de ella?

El Mediterráneo estaba allí, oculto por la noche y por los edificios en los que brillaba todavía la luz de algunas ventanas. No llegaba ningún rumor de oleaje, porque una calma densa mantenía inmóvil la masa acuática. Calma bajo las nubes. Llegaba, eso sí, un olor de humedad salina, un aroma de algas, más de pescadería que de playa, un perfume casi humano, o al menos de ser vivo.

A pesar de las guías turísticas que se había leído antes de emprender el viaje, Alejandría había sorprendido al viajero. Era otra cosa. El ya sabía que los expertos buscan todavía el emplazamiento de la antigua Biblioteca, del Museo que dio nombre a todos los museos que vinieron luego; que las piedras de templos y palacios sirvieron para empedrar calles, para construir malecones, para edificar otras casas; y que donde se levantó el faro que dio nombre a todos los faros, hoy se levanta un fuerte que se llama de Kaitbay, obra de los turcos. Sabía todo eso, y sin embargo se había sorprendido al ver las aguas del lago Mareotis, cuyo nombre le traía imágenes de un viejo y agitado puerto al que llegaba la riqueza, convertidas en desolada charca salobre; las orillas del mar, en una leve franja de arena y piedras embutidas entre el agua y la carretera a cuya orilla se alarga la interminable muralla de edificios de reciente construcción y empezando ya a desconcharse, o inacabados y ya en vías de destrucción.

La primera tarde, había pasado por Aboukir, en una zona que parecía el paisaje después de una batalla, un decorado de escombros y vigas y ladrillos y polvo, antes de llegar a la calma de un merendero blanco y azul en el que se recuperaba, de repente, todo el Mediterráneo en una irisación del sol poniente, en la espuma de unas rocas que se fueron volviendo de cobre y en las siluetas de los niños que jugaban y de los pescadores que lanzaban el hilo y luego se quedaban inmóviles de cara al mar.

En el hotel, muchas horas más tarde, lo pensó el viajero. Pensó en Alejandría —el fulgor de un nombre— como una construcción de la mente sobre la constancia del aire y la luz mediterránea, una construcción sutil e imaginaria que apenas necesita de difusas huellas para levantarse: la columna de Pompeyo, las viejas necrópolis o las estatuas de miembros truncados que miran sin ojos en las galerías del Museo Greco-Romano son el modesto «pied à terre» sobre el que el viajero puede seguir levantando ese edificio de la memoria que es una sucesión en la historia y una concentración en la geografía, ambas enterradas bajo el asfalto de las recientes avenidas y los apartamentos construidos con materiales baratos.

**LOS EXPERTOS
BUSCAN
TODAVÍA EL
EMPLAZAMIENTO
DE LA ANTIGUA
BIBLIOTECA.**

Del viejo Eunostos —el Puerto del Feliz Regreso— de la literatura homérica, queda el olor a brea y madera recién aserrada del Barrio del Bahariya, y el rumor de los martillos de los canchales en lo que ahora se llama el Puerto Occidental. Queda también la agitación de los marineros en el Puerto Oriental, el olor de estiércol en el malecón y los caballos que tiran de los carros en los que se transporta el hielo hasta las barcas allí amarradas y que vuelven al interior de la ciudad cargados con las cajas de pescado recién capturado. El destello de las

UN PERFUME CASI HUMANO O AL MENOS DE SER VIVO.



Ciudad férrea. Alejandría recoge en sus puertos la riqueza del mar, la que llegaba procedente de la misteriosa Arabia, la que remontaba desde el corazón de África, aguas arriba del Nilo.

escamas bajo el sol deslumbrante de África. Las voces y los movimientos de los marineros que se repiten como en un juego de ecos y espejos en cada rincón del Mediterráneo: Denia, Marsella, Aguilas, Palermo, El Pireo, Alhucemas, Djerba, Estambul, Alejandría.

De Antonio y Cleopatra, de sus naves de perfumadas maderas y sutiles tejidos, de su amor, de César, del Serapeion, del Museo, del Faro y la Biblioteca, de las disputas de neoplatónicos, quedan algunas piedras anónimas en el malecón, cuyos perfiles ha borrado la lengua del mar. Apenas nada. Un hilo tenue desde el que se teje el esplendoroso tapiz de riqueza y destrucción, de oro y fuego devastador restaurando periódicamente el dominio del inminente desierto y del tozudo mar.

El Islam permanece. Envuelve la ciudad de comerciantes griegos, de cónsules británicos e italianos, la ciudad en la que se hablan tantas lenguas, con la red invisible de los almudanos pinchando el aire con su lamento sagrado que, poco a poco, se vuelve apremiante. Los alminares de las mezquitas de Sidi Morsi Abul Abbas y de El Bosiri, entre las altas copas de las palmeras. En el fuerte turco, que ocupa el lugar en que se levantó el faro,

antes una isla y hoy península, también hubo un alminar que «se derritió como hielo al sol» durante el bombardeo de 1882. También los nuevos edificios que bordean la carretera y la playa, con sus desconchados, parecen derretirse al sol de África, abrirle las puertas al desierto amenazador, convirtiéndose ellos mismos en polvo.

Ciudad fénix. Alejandría rogía en sus puertos la riqueza del mar, la que llegaba procedente de la misteriosa Arabia, la que remontaba desde el corazón de África, aguas arriba del Nilo. Ciudad entre dos orillas. De frente, el Mediterráneo, su irivenir de buques. A sus espaldas, el lago Mareotis, el puerto del Nilo. Olía a especias, a pesados frutos, y tenía el color de las granadas maduras.

Ha muerto y renacido tantas veces. Su penúltima muerte ocurrió poco más de un siglo, cuando se abrió el Canal de Suez y el transporte se olvidó del tramo terrestre de sus rutas. Port Said sustituyó a Alejandría como escala de viajeros y comerciantes y la ciudad se quedó congelada, como Trieste, Venecia y Ragusa, con sus ruinas y palacios, con sus villas elegantes asomándose al mar, con su mezcla de pueblos y lenguas convertida en signo de identidad más que en testimonio de diversidad. Griegos, musulmanes, coptos, italianos, cónsules británicos en retirada. Alejandría se quedó como un museo de sí misma, que su nueva resurrección contemporánea, con la especulación, se llevaría también, como al tiempo y la ciudad se llevaron el primer Museo de la humanidad. Apenas queda nada de la ciudad que vio arder la flota de Napoleón. Nada. Ni de la que se asomaba, elegante, al mar cien años más tarde. El palacio de Montazha, que perteneció a Faruk, con sus jardines, las ruinas de alguna villa modernista entre los bloques desportillados, las casas de Shari 26 Yolyo, en el Puerto Oriental, con sus colores densos, sus fachadas amarillas, o color de sangre seca, sus esti-



lizadas molduras, sus bajorre-
lieves decó.

Restos polvorientos de la Alejandría en la que Forster esperaba impacientemente el tranvía conducido por su enamorado un día tras otro, en la que Durrell inventaba ese Cuarteto que nos deslumbró durante la juventud porque envolvía en el mismo tejido elegante lo bello, lo sórdido y lo inconfesado de nuestra adolescencia. La Alejandría en cuyos prostibulos ambiguos fatigaba Kavafis el alcohol y las esperanzas, tras el destello de una piel adolescente. Aún hay retazos de ella en las calles de Saad Zghlul, Salah Salem o El Hurriya, que es donde la ciudad se vuelve más cosmopolita —Barcelona, Nápoles— con sus edificios ocres, sus fachadas de desusada elegancia, sus cafés cuyas mesas se extienden por las aceras, y sus estáticos fumadores de narghilé.

Estatuas ecuestres, bazares, mercados y tiendas. Pastelerías griegas —Pastroudis—, cafés y hoteles de época —Cecil, Trianon—, donde el recuerdo de Durrell y Kavafis alarga su mano cediéndole el testigo a Naghib Mahfuz, nuevo arquitecto de la ciudad de sueños y recuerdos que suplanta y emborriona y maquilla y embellece a la real un siglo más.

La vuelta al principio. Retazos de Durrell y Kavafis en una habitación de hotel, frente a la sombra del mar entre los edificios. Y el viajero preguntándose acerca de cuál era la ciudad que iba a llevarse consigo. Buscando los signos anunciadores de qué Alejandría acabaría recordando: la enterrada en el arenal y convertida ella misma en polvo, la de los versos y las palabras y las sombras, o esa que los amigos de Kavafis consideraban en sus escritos que carecía del menor interés, que no tenía otro atractivo que sus playas y sus restaurantes franceses.

OLÍA A ESPECIAS, A PESADOS FRUTOS Y TENÍA EL COLOR DE LAS GRANADAS MADURAS.



Alejandría se quedó como un museo de sí misma. Apenas queda nada de la ciudad que vio arder la flota de Napoleón.

Durrell había llegado a la ciudad en 1941, veintitrés años después de que Forster escribiera su guía de Alejandría y de que Kavafis hubiese muerto, y asegura que, como por arte de magia, todo permanecía intacto, y que no alcanzó a percibir ningún cambio en la ciudad que Forster había minuciosamente inventariado, la ciudad ambigua que era una mezcla de las arquitecturas de la literatura y de las otras. Algo de eso sentía también el viajero: que la ciudad se había detenido, no en sus construc-

ciones descabelladas, ni en su tráfico caótico, ni en sus humeantes industrias ni en la desolación suburbial del lago Mareotis, sino en sus ritos cotidianos.

La Alejandría de todos ellos permanecía y era la que estaba empezando ya a recordar aún antes de haber terminado de vivirla: la de los pescadores tendiendo las redes allí mismo, en la playa, frente a las palmeras y los edificios decó, la de los niños bañándose desnudos en un mar de respiración podrida, la del camarero que tomaba con sus pinzas el carbón que iba a utilizar el viajero para quemar el tabaco en su narghilé, el adormecimiento

SU PENÚLTIMA
MUERTE OCURRIÓ
HACE POCO MÁS
DE UN SIGLO,
CUANDO SE ABRIÓ
EL CANAL DE SUEZ.

PARA DISFRUTAR
PARA REGALAR

LETRAS DE SOBREMESA



Aranguren, Azúa, Barral, Cueto, Chamorro, Gabriel y Galán, Gándara, García-Campoy, González-Duro, Guerra Garrido, Haro Tecglen, Juristo, Leguineche, Llamazares, Mateo Díez, Merino, Millás, Muñoz Molina, Pombo, Sastre, Savater, Tomeo, Vázquez Montalbán, Zarraluki...

● 70 primeras firmas de la literatura española, de la A a la Z, han pensado el universo de la cocina para usted.

● Mes a mes, durante diez años, los nombres más importantes de nuestras letras han escrito para los lectores de SOBREMESA.

● Ahora tiene usted la oportunidad de encontrarlos reunidos en un hermoso volumen.

EL GRAN
LIBRO
DE ESTA
NAVIDAD

EG

EDICIONES DE GASTRONOMÍA

ofrece buenas vistas sobre el mar, así como excelente cocina y también el Delta cuenta con sólido prestigio como restaurante.

CAFÉS Y PASTERERÍAS

En el centro de la ciudad, está Trianon, un viejo y elegante café, que guarda recuerdos de Kavafis y de Naghib Mahfouz. Pastraudis, Asteria y Délices son céntricas y prestigiosas pastelerías. Pero toda la ciudad está repleta de animados cafés, donde tomarse un rico café turco, denso y perfumado con cardamomo y fumar narghilé. También son numerosos los locales en los que se puede beber un exquisito zumo natural.

QUÉ VISITAR

La Alejandría que uno sueña, la de Alejandro el Magno, Antonio y Cleopatra, la del Faro, la Biblioteca y las enconadas polémicas filosóficas, incluso la de las elegantes villas de Durrell y los ambiguos prostíbulos de Kavafis, existe solamente ahí, en los sueños. Pocas ciudades del planeta cuentan con un pasado tan fascinante y tan poco conservado. Sin embargo, en el centro: en Shari 26 Yolyo, en El Hurriya, en Fouad, o Salah Salem, pueden contemplarse aún hermosos edificios de la primera mitad del siglo XX: desconchadas joyas de estilo cosmopolita, del modernismo, del *art déco*. Sin embargo, nadie puede negar la fascinación de esta ciudad: está en sus calles y mercados, en el olor a brea de sus riberas, en el espectáculo de sus pescadores y en sus olores densos, en sus cafés.

Los turistas irredentos pueden visitar el fuerte de Qaytbay y contemplar desde allí la ciudad y pensar que pisan el lugar exacto que ocupó el mítico faro, pueden leer en las guías y reconstruir mentalmente la ubicación de la Biblioteca y del Museo, acercarse al lago Mareotis, hoy un charco salino y rodeado de suburbios industriales y pensar en sus tiempos de gran puerto interior al que arribaron mercaderías lujosas, visitar la necrópolis de Anfushi, la solitaria columna de Pompeyo, las catacumbas de Kaum esh-Shuqafa y pasear por el Museo Greco-Romano, donde se alinean los mosaicos, estatuas y pinturas griegas, egipcias y romanas, como derelictos de un soberbio pasado.

QUÉ Y DÓNDE COMER

Como es lógico, los restaurantes de Alejandría presumen, sobre todo, de su excelente oferta de fresquísima pescados y mariscos, que cocinan con gran sensibilidad, cuidando el punto en las cocciones, una característica bastante generalizada en los buenos restaurantes egipcios, donde en abierto contraste con otros países del norte de África, los pescados y frutos del mar se ofrecen jugosos, magníficos. Por otra parte, la influencia griega resulta evidente y muchos de los restaurantes, pastelerías y cafés de la ciudad son propiedad de griegos.

Se come muy bien en varios de los restaurantes populares del barrio marítimo (El Bahari, Anfushi), en calles como Shafar Pasha: son buenísimos los dos restaurantes Hosni, uno especializado en carnes y el otro, pared por pared, que prepara sobre todo pescados, y también el Abu Asharaf, dedicado al pescado. En el mismo populoso barrio, en la calle Ras El Tin, está Samakmak. A tiro de piedra, en el puerto oeste, otros dos restaurantes de pescados son Fishmarket y Tikka, situados a la orilla del mar. Al oeste, también en un espacio marítimo, en Besid Elmena Elfrance, Sea Gull, otro restaurante de pescado con decorado Disney-World. Sobre la Corniche, al Este de la ciudad, San Giovanni está situado en un lugar privilegiado y ofrece un buen servicio, además de calidad. Zephirion, en Abukir, es alegre: un merendero mediterráneo pintado de blanco y azul, limpio y luminoso. Su propietario, el griego Periclis Tsaparis, se enorgullece porque no tiene nevera. El pescado va del mar a la mesa delicadamente asado. Un placer. Santa Lucía, El-Ihklass y L'Union ofrecen ambiente y cocina francesa, y la Taberna es un recoleto restaurante griego, con barra de copas y piano.



GUÍA DE ALEJANDRÍA

CÓMO LLEGAR

Vía marítima: Hay una línea de Adriática que une Venecia-El Pireo-Alejandría. Y son numerosos los cruceros que hacen escala en la histórica ciudad. Por tierra, se accede desde El Cairo, bien por la autopista que atraviesa el desierto (entre Alejandría y El Cairo hay doscientos kilómetros), que es más monótona, aunque más cómoda. Y por la carretera agrí-

cola que atraviesa los campos del Delta del Nilo, cruza poblaciones y tierras cultivadas, y ofrece un espectáculo lleno de vida y colorido. Resulta muy interesante, en ese caso, detenerse en Tanta, una ciudad que cuenta con bella mezcla, animadas calles y numerosas tiendas de dulces y turroneos, que recuerdan a los que elaboran en Jijona. Hay vuelos de Egyptair desde El Cairo a Alejandría.

DÓNDE DORMIR

La ciudad cuenta con una excelente red hostelera. Abundan los hoteles lujosos de cuatro y cinco estrellas. En el centro de la ciudad, los mejores son Pullman Cecil, el viejo y literario hotel, hoy renovado, con recuerdos de Forster y Durrell, y situado en Sa'ad Zaghful, la más céntrica plaza de Alejandría, el Windsor, otro histórico hotel, el Vinizia y el Alexandria. En la Corniche, es decir, en la larga sucesión de playas que se extienden hacia el Este, el Sherathon Muntaza, el Ramada Renaissance, el Palestine, el Plaza y el Landmark son los más lujosos. El San Giovanni

ante el café turco, el olor penetrante de los pescados asados y de los kefta que humeaban en la parrilla del restaurante de enfrente, la sonrisa de los empleados mientras posaban ante la cámara tomando con la punta de los dedos los bigotes de una gamba, el olor de las especias y el de las frutas que inundaban las aceras en los alrededores de Ras el Tin, el aroma de la brea, el del orín, el del estiércol.

Con esos materiales habría empezado a tejérsele el recuerdo en aquel mismo instante, sentado en la terraza del café, fumando, escuchando el adormecedor borbotear del agua en el fondo de la

pipa: entonces pasó la mujer que llevaba un pollo, y el hombre que conducía un burro entre los automóviles, y volvió el camarero a reavivar el carbón sobre el tabaco, mientras el humo era como la constatación de que aquello se estaba ya volviendo otra cosa: ese recuerdo que lo invadió por la noche entre los feos bloques de pisos a la sombra del mar. Se había enamorado ya de la ciudad, casi sin darse cuenta, y empezaba a dejar de preocuparle si era, como en los versos de Machado, verdad o soñada. Igual que los demás, también él había empezado a inventársela. Ya podía escribir de Alejandría.

Para sellar su compromiso, salió de la habitación del hotel, y volvió a pasear hasta muy tarde entre los grupos de gente que charlaban frente a sus comercios o que jugaban sobre los veladores de mármol de los cafés. Las luces subrayaban los gestos de los noctámbulos con brillos de belleza expresionista. Además, por encima de ellas, ni siquiera se veían los destaralados edificios. La ciudad era exactamente lo que le conviene: un hermoso destello.

ba a dejar de preocuparle si era, como en los versos de Machado, verdad o soñada. Igual que los demás, también él había empezado a inventársela. Ya podía escribir de Alejandría.

Para sellar su compromiso, salió de la habitación del hotel, y volvió a pasear hasta muy tarde entre los grupos de gente que charlaban frente a sus comercios o que jugaban sobre los veladores de mármol de los cafés. Las luces subrayaban los gestos de los noctámbulos con brillos de belleza expresionista. Además, por encima de ellas, ni siquiera se veían los destaralados edificios. La ciudad era exactamente lo que le conviene: un hermoso destello.

LA CIUDAD SE HABÍA
DETENIDO, NO EN SUS
CONSTRUCCIONES
DESCABELLADAS,
SINO EN SUS RITOS
COTIDIANOS.



Durrell había llegado a la ciudad en 1941, veintitrés años después de que Forster escribiera su guía de Alejandría y de que Kafkas hubiese muerto.



BREVE AGENDA DE EGIPTO

CÓMO LLEGAR

La oferta de viajes a Egipto desde España es abundante. Aunque también se puede llegar siguiendo el norte de África en automóvil, o en algún crucero que toque los puertos de Alejandría o Port Said, lo lógico es viajar en avión (la línea egipcia Egyptair tiene vuelos regulares desde Madrid y Barcelona), bien por cuenta propia, o bien en algunos de los viajes organizados.

Una vez en Egipto, el traslado a Luxor o a Assuan en avión está de sobra asegurado. Cada día cubren la ruta hacia el sur varios vuelos procedentes de El Cairo.

La otra modalidad es la que ofrecen los numerosos cruceros que remontan el curso del río Nilo en uno de los trayectos más bellos del mundo. Hay opciones de varios precios, incluidas algunas francamente económicas. Los barcos suelen ser cómodos, están agradablemente atendidos por un servicio por lo general muy amable y se esfuerzan en complacer al viajero.

DÓNDE HOSPEDARSE

La amabilidad y los esfuerzos por atender al turista podría decirse que es característica común en la mayoría de los hoteles y restaurantes frecuentados en su viaje por SOBREMESA. Y los que tienen de tres a cinco estrellas ofrecen un buen nivel (creciente, claro está, a medida que aumenta el número de estrellas) de servicios, así como de higiene. Están representadas, en la red hotelera egipcia, buena parte de las grandes cadenas internacionales (Hilton, Etap, Holiday Inn, Mövenpick, Sheraton, Méridien o Novotel) y algunos establecimientos, muy especialmente en el sur, son de gran belleza, tanto por su privilegiada situación geo-

gráfica como por su arquitectura e integración en los deslumbrantes paisajes nilóticos.

A LA HORA DE COMER

La cocina egipcia no se diferencia gran cosa de la que se ofrece en otros países de la región. Hay, sin embargo, dos especialidades autóctonas que el viajero podrá degustar en sus diversas variantes: el *foul*, habas secas cocidas a fuego lento, sazonadas con sal, comino, aceite de oliva, zumo de limón, y acompañadas de cebolla picada, servidas con pan. La otra, la *meloukbia*, es una sopa preparada con una hierba del mismo nombre finamente picada, pimienta y ajo, utilizada frecuentemente para sazonar el arroz o el pollo. En Egipto ejecutan magníficamente las especialidades de la cocina sirio-libanesa, así como otras de la cocina oriental como el *chawarma*, los *kofta* o el *kebab*.

Dentro del circuito turístico, el viajero sólo encontrará una oferta de restaurantes propiamente dichos en El Cairo o en Alejandría; fuera de estos destinos es casi obligatorio recurrir a los restaurantes de hotel, en la mayoría de los cuales se ofrece cocina internacional.

QUÉ VISITAR

Además de los templos y pirámides de la antigua civilización egipcia, visita de obligado cumplimiento, el viajero debe prestar atención a los monasterios e iglesias de los primeros tiempos de la Cristiandad, así como a las mezquitas y otros monumentos islámicos. El valle del Nilo, los desiertos, los oasis, las costas mediterráneas brindan un conjunto paisajístico grandioso, singular.

El Cairo, con sus barrios viejos, Alejandría, Luxor y Assuan son puntos de cita obligada.



